



## CAPITULO IV.

DE LAS COSAS QUE AYUDAN Á SER HOMBRES  
DE ORACIÓN (1)

### ARTÍCULO I

DEL DESEO GRANDE DE SER HOMBRES DE ORACIÓN

La primera cosa que ayuda para alcanzar este tan gran bien es un grande y cuidadoso deseo de alcanzarlo, según que expresamente lo dice el Sabio (2) por estas palabras: «El principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo de ella.» Y poco antes, hablando de este mismo deseo y cuidado, dice así (3): «Clara es y que nunca se marchita la flor de la sabiduría, y fácilmente se deja ver de los que la aman y hallar de los que la buscan. Ella misma se adelanta y previene á los que de veras la desean para mostrárseles primero; y el que por la mañana madrugare á buscarla, no pasará mucho trabajo, porque á sus puertas la hallará asentada. Porque ella se tiene cuidado de andar por todas partes buscando á los que son merecedores de ella, y se les muestra con alegre rostro en el camino, y con todo cuidado y providencia los sale á recibir.» Hasta aquí son palabras del Sabio, por las cuales viene luego más abajo á concluir lo que arriba dijimos, que el primer principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero

(1) Estos dos capitulos son tomados del R. P. Sacrest. Ord. Predicatorum.—  
(2) Sap., 6.—(3) Ibid.

y entrañable deseo de ella. Y así le aconteció á este mismo Sabio, porque no habló esto á lumbre de pajas, sino enseñado antes, no sólo por la asistencia del Espíritu Santo, sino también por la misma experiencia del negocio. Y así dice más abajo: «Desée y fuéme dado sentido, y llamé y vino en mí el Espíritu de la Sabiduría.» Ves, pues, cómo el deseo fué el primer principio de este bien.

Toda la Escritura divina concuerda con este mismo parecer. ¿Cuántas veces leemos en la ley y en los Profetas que hallaremos á Dios cuando lo buscáremos, si le buscáremos con todo nuestro corazón? ¿Cuántas leemos en los libros de la Sabiduría: «El que por la mañana velare á mí me hallará.»? «Si buscases, dice Salomón (1), la sabiduría con el cuidado que buscan los hombres el dinero y con el deseo que cava la tierra el que busca algún tesoro, ten por cierto que le hallarás.» Mas, ¿qué es menester andar buscando más autoridades, pues tenemos aquella prenda tan segura del Salvador que dice (2): «Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y os responderán?» Porque todo aquel que pidiere, recibirá, y el que buscare, hallará, y al que llamare, le responderán.

La razón, porque vale tanto este deseo para hallar á Dios, es porque, como dicen los filósofos, en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor del fin es la primera causa que mueve todas las otras á obrar, de tal manera, que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto mayor es el cuidado y la diligencia que se pone para alcanzarlo. Si no, dime, ¿quién hizo á Alejandro Magno ponerse en tan grandes trabajos y peligros y emprender tantas batallas, sino el amor grande que tuvo del imperio del mundo? ¿Quién hizo al patriarca Jacob (3) no sentir los siete años de tan duro servicio, sino el amor grande que tuvo á la hermosura de Raquel? ¿Quién hace al labrador, y al marinero, y al soldado ponerse á tantas maneras de trabajos y peligros, sino el amor del interés? Pues si tanto puede

(1) Proverb., 2.—(2) Math., 7.—(3) Gen., 25.

el amor de cosas tan bajas, ¿qué haría el amor de este Sumo Bien si verdaderamente se amase y conociese? Pues no te convidamos aquí, hermano, con la hermosura frágil de la esposa Raquel que muere de parto, (1) no con la gloria perecedera del mundo que se acaba con la vida, no con las honras fugitivas que se lleva el viento, (2) no con los vanos placeres del hipócrita que no duran un punto, ni menos con las riquezas terrenas que la polilla roe y los ladrones roban, (3) sino con la hermosura de la Sabiduría divina, con el reino del cielo, con el tesoro de la caridad, con las consolaciones del Espíritu Santo, con el manjar de los ángeles, con la paz, con la verdadera libertad, y finalmente, con el Sumo Bien. Pues ¿qué mayor tesoro quieres tú que este? «Bienaventurado el varón, dice aquella eterna Sabiduría (4), que me oye y que vela á mis puertas cada día, y aguarda á los umbrales de mi casa, porque el que me hallare, hallará la vida y recibirá salud del Señor.»

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debes atizar y encender en tu corazón este cuidadoso deseo, y avivar en tí la avaricia espiritual de estas verdaderas riquezas. Porque este deseo no ha de ser tibio ni perezoso, ni flojo, sino vivo, diligente, solícito y cuidadoso. Mira tú cuáles andan los avarientos de este siglo y los amadores de la honra ó de la hermosura de alguna criatura, que ni de noche ni de día no piensan en otra cosa sino cómo hallarán camino para salir con lo que desean, y de esta manera procura tú buscar á Dios, aunque Él sea merecedor de tanta mayor diligencia, cuanto vale más que toda criatura. Mira, también, cuán cuidadosos andan los capitanes en la guerra cuando tienen puesto cerco sobre algún castillo fuerte, y cuántas maneras de ardides y minas buscan para entrarlo, y de esta manera procura tú de velar y trabajar por conquistar este Sumo Bien, pues está escrito que el reino de Dios padece fuerza y que los esforzados son los que lo arrebatan (5).

(1) Gen., 35.—(2) Job, 88, t. 27.—(3) Math., 6.—(4) Prov., 8.—(5) Math., 11.

Bienaventurado el que de esta manera busca á Dios, porque sin duda que el que así le busca algo tiene ya recibido, y prendas tiene que le darán lo demás. Víspera de hallar á Dios es buscarle, y ya tiene recibidas las primicias del Espíritu Santo quien le busca con este deseo. Cuando el cazador ve que el lebrél se apresura más de lo acostumbrado y que sigue alguna vereda derecha con esta priesa, luego entiende que ha dado en el rastro de la caza y comienza ya á alegrarse con la esperanza de ella. Pues así te debes tú alegrar cuando esto vieres, y cuanto más la grandeza del deseo te hiciere cuidadoso y temeroso, tanto debes estar más seguro, entendiendo que tras de esas flores vendrán los frutos, y que ya tiene Dios el uno de los dos pies dentro del alma, cuando le ha dado deseos vivos de su presencia.

Esta es la manera que tienen de buscar á Dios los que han sido prevenidos con las bendiciones de la dulzedumbre y han visto ya la hermosura de Raquel, por cuya posesión y casamiento se determinan alegremente á los siete años de servicios (1). Estos, día y noche nunca paran ni reposan hasta hallar lo que buscan, diciendo siempre con el Profeta: «¿Si diere yo sueño á mis ojos (2) y si dejare cerrar un poquito mis párpados, y si diere descanso á mi vida hasta hallar lugar para el Señor y morada para el Dios de Jacob?» Lo que estos piensan, lo que hablan, lo que sueñan, esto es; y ningún trabajo les parece grande, cuando miran la grandeza de este galardón.

De los tales, en figura, dice el Eclesiástico (3): «El que tiene el arado y se precia del agujada, apresura con cuidado sus bueyes y todo se emplea en la labor del campo y sus pláticas son en los hijos de los toros.» Asimismo, el escultor pasa toda la noche de claro como el día esculpiendo sus imágenes, y con sus vigiliacabras su obra. De esta manera el herrero, poniendo los ojos en la obra que quiere hacer, no descansa toda la noche, afligiendo su carne con

(1) Gen., 29.—(2) Psal., 131.—(3) Ecles., 38.  
VOLMUEN II

el vapor del fuego y batallando con el duro hierro al calor de la fragua. Estos son los cuidados del avariento labrador y del herrero cuidadoso que madrugan, y trasnochan en sus oficios por salir con lo que desean, á los cuales ha de imitar al verdadero amador de Dios, velando y pensando noche y día cómo hallará este tan grande bien hasta enflaquecer con este cuidadoso pensamiento y testificar con la flaqueza del cuerpo las ansias del corazón, según lo que decía el mismo Sabio (1) por estas palabras: «Las vigiliass y el cuidado de la virtud enflaquecen las carnes, y el pensamiento y deseo de alcanzarla quitan el sueño.»

Y no se diga que es mucho lo que aquí se pide. ¿Por ventura no es justo que un bien tan grande, como es Dios, sea buscado con cuidado? Dirás que sí. Pues, ¿qué menor cuidado se pudo pedir, ni qué partido más conveniente se pudo hacer que pedir para alcanzar el Sumo Bien, no más cuidado que el que se pone para alcanzar el dinero? Pondera mucho aquellas palabras de Salomón que dijimos: «Si buscares la sabiduría (2) como quien busca dinero, la hallarás.» ¡Oh, bendígante, Señor, los ángeles, que siendo tú el mayor bien de los bienes, no pidés ser buscado con mayor cuidado que aquel con que se busca el más bajo de ellos, que es el dinero!

## ARTÍCULO II

### DE LA SEGUNDA COSA QUE AYUDA AL ESPÍRITU DE ORACIÓN, QUE ES FORTALEZA Y DILIGENCIA

Este deseo que hemos dicho ha de estar acompañado con una grande diligencia y fortaleza para que con ella podamos vencer todas las dificultades que de por medio se ofrecieren á estorbarnos. Y aunque este deseo, según que arriba lo figuramos, traiga consigo esta diligencia y fortaleza, todavía será menester que en particular platique-

(1) Ecl., 31.—(2) Prov., 2.

mos algo de ella. Para cuyo entendimiento has de saber que así como la naturaleza proveyó de dos virtudes y potencias á cada uno de los animales para su conservación, la una que llaman concupiscible, á la cual pertenece desear lo que conviene para la conservación del individuo y de la especie, y la otra que llaman irascible, á la cual conviene pelear y acometer las dificultades y contradicciones que impiden lo que para esto se desea; así has de entender que estas dos mismas virtudes en su manera se requieren para la conservación y sustentación de la vida espiritual, y señaladamente para alcanzar este bien que pretendemos; porque primeramente es menester aquel deseo grande que dijimos de este bien, el cual nos mueva á buscarlo y procurarlo; después de esto, es menester un esfuerzo y ánimo generoso para acometer y vencer muchas y grandes dificultades que se atraviesan de por medio á impedirlo; porque, como adelante se verá, son muy muchas las cosas que nos impiden la devoción y son muchas también las que se requieren para alcanzarla y todas ellas muy dificultosas, y por esto es menester grande ánimo y fortaleza para romper por todas estas dificultades y contradicciones hasta llegar á coger el agua deseada de la cisterna de Belén, sin que los enemigos nos impidan (1) ni la ida ni la vuelta; pues para conseguir un bien tan arduo y tan defendido, ¿qué podrá hacer el deseo pobre y desnudo si no fuera armado y acompañado de fortaleza?

Por aquí entenderás la manera que tienen los que viven con buenos deseos sin tener esta fortaleza de que hablamos, porque éstos son como animales imperfectos y monstruosos que tienen concupiscible sin irascible, lo que así como no bastaría para la provisión y conservación de la vida natural, así tampoco basta para la espiritual. Estos son los deseos del perezoso de quien dice Salomón, que ya quiere y ya no quiere, y que todo se le va en deseo (2). Quiere, cuando considera la hermosura de la virtud, y no

(1) 2, Reg., 23.—(2) Prov., 13.

quiere, cuando se le representa la dificultad que hay en ella; porque, como animal imperfecto y monstruoso, tiene la una de estas dos virtudes naturales del apetito, que es el deseo, y no la otra que es el esfuerzo. Pues por esta causa nos es tantas veces en la Escritura encomendada la diligencia y la fortaleza, y tan condenada la pereza y negligencia, como dos raíces generales de nuestro mal y bien. Cosa es, por cierto, que pone admiración, ver la guerra que el Espíritu Santo tiene con el perezoso en los libros de Salomón, en los cuales apenas hay capítulo en que no le tire una saeta, y le dé á entender el peligro en que está. Y con ser siempre una misma sentencia la que dice, guísala de mil maneras y repítela en mil lugares, refrescando siempre la memoria de ella, para que por aquí entendiese el hombre cuán importante cosa era la que tan á menudo y con tanta importunidad el Espíritu Santo repetía. En una parte dice (1): «Los buenos pensamientos y propósitos del esforzado siempre crecen en abundancia; mas todo perezoso vive en pobreza.» En otra dice (2): «La pobreza nace de la mano perezosa; mas la mano de los fuertes apareja riquezas.» En otra dice (3): «La pereza es causa de que se vaya poco á poco arruinando la casa, y la flaqueza de las manos hace que se llueva toda.» En otra dice (4): «El que labra su tierra se hartará de pan, y el que se da á ociosidad será lleno de pobreza.» En otra dice (5): «El que es muelle y flojo en su manera de vivir, compañero es del que destruye sus obras.» En otra dice (6): «La pereza carga al hombre de sueño, y el ánima floja y desatada en sus obras padecerá hambre.» Y sobre todos estos lugares es mucho de notar aquel lugar donde dice: «Pasé por la viña del perezoso y por la heredad (7) del varón loco, y ví que toda estaba cubierta de espinas y de ortigas y que la cerca estaba aportillada por todas partes; lo cual como yo viese notelo con diligencia, y con el ejemplo de este descuido,

(1) Prov., 21.—(2) Prov. 10.—(3) Ecles. 10.—(4) Prov., 12 y 29.—(5) Prov., 18.—(6) Prov., 19.—(7) Prov., 24.

híceme más avisado y miré por lo que á mí convenía. Pues ¿hasta cuándo, perezoso, dormirás? ¿Hasta cuándo no despertarás de este sueño? Un poquito dormirás, y otro poquito cabecearás, y otro poco juntarás las manos para reposar, y vendrá sobre tí como un caminante la pobreza y la mendicidad como hombre armado.» Quiere decir: Vendrá poco á poco la costumbre de esa flojedad y descuido á convertirse en naturaleza, y tomará de tal manera posesión y señorío sobre tí, que no seas más parte para echarla de casa que á un hombre poderoso y armado.

Pues pregunto ahora: ¿A qué propósito repetía tantas veces el Espíritu Santo esta sentencia, y la ingería entre tantos lugares, sino porque entendía que así como la llave de todo nuestro aprovechamiento es la diligencia y fortaleza, así la raíz de todo nuestro mal es la pereza y negligencia? Dime: ¿Qué virtud hay que no tenga aneja alguna dificultad y trabajo? Pues si el hombre no tiene brazo para vencer esta dificultad, sino tiene martillo para domar el hierro duro de que se hace la obra, ¿qué cosa virtuosa podrá acabar? Hermosamente, dice Prudencio, que todas las virtudes eran viudas sin la paciencia y fortaleza, porque si la virtud carece de fortaleza, claro está que no podrá vencer la dificultad con que ella anda siempre acompañada. Pues por esto conviene que, sacudida de nuestro ánimo toda pereza y negligencia, nos armemos de un muy fuerte y denodado propósito para acometer esta empresa y no descansar hasta salir al cabo con ella, implorando siempre para esto con grande humildad la gracia divina.

Y no debemos luego desmayar con las contradicciones que en el camino se nos ofrecieren, sino antes esforzarnos animosamente contra ellas; imitando en esta parte á los que van remando agua arriba en un río arrebatao é impetuoso, los cuales con la fuerza de los remos contrarrestan la furia de las aguas, y si algunas veces prevalece contra ellos la corriente, no por eso desmayan, sino antes, con doblada fuerza y diligencia, vuelven á enderezar el brazo y á

proseguir su camino. Pues tales han de ser nuestros propósitos, conviene saber: firmes y determinados, y si alguna vez nos acaeciére que seamos vencidos, volver luego á cobrar ánimo de nuevo; porque, según se suele decir, el trabajo importuno y porfiado, de todas las cosas ha victoria. De esta manera vemos también ser los hombres infatigables en los negocios del mundo, y no volver atrás, aunque muchas veces les haya sido contraria, como dicen, su fortuna. Así el mercader no luego deja su trato, aunque alguna vez no le suceda bien la ganancia, ni tampoco cesan los labradores de labrar la tierra, aunque alguna vez pierda la cosecha y el trabajo, más antes vuelven á su labor con mayor cuidado por ver si podrán por esta vía recobrar algo de lo perdido. Pues, ¿cuánto más debemos esforzarnos en este santo ejercicio, en el cual hay mucho menor trabajo y mayor galardón, y este no caduco ni dudoso, sino cierto y perdurable?

Más aquí es mucho de notar que así como aquel deseo, que arriba dijimos, ha de ser acompañado de fortaleza porque no sea perezoso, así esta fortaleza ha de estar acompañada de humildad, porque no sea soberbia. Porque aunque es de razón trabajar en esta demanda todo lo posible y meter en ella todas las velas, pero de tal manera lo hemos de hacer, que creamós muy de veras, que no por nuestro trabajo, sino por la divina gracia y misericordia, se ha de alcanzar este bien. Porque, como dice el Sábio: «No es de los ligeros la carrera, ni de los fuertes la victoria, (1) ni de los artífices la gracia; pues si esto acaece en las cosas humanas, ¿cuánto más acaecerá en las divinas, que todas van colocadas y guiadas por gracia? Y porque la gracia principalmente se da á los humildes, (2) como toda Escritura clama, (3) por eso no menos, sino mucho más, aprovecha la humildad que la fortaleza para alcanzarla.»

Por esto debe el hombre reconocer profundamente su indignidad y flaqueza, y humillarse ante la mano poderoso

(1) Ecles., 9. (2) Jacobi, 4. (3) 1, Petri, 5.

sa de Dios, y presentarse ante Él como un niño que nada puede ni sabe, y suplicarle, por los méritos de Cristo, sea servido mirarle con ojos de piedad y darle como á un pobre mendigo alguna de las migajas de la mesa rica de su gran misericordia. Mas con este reconocimiento no debe el hombre echarse á dormir y librarlo todo en Dios, como hacen algunos, sino echar mano al arado y hacer lo que es en sí, para que el Señor haga lo que es de su parte; porque así como el Señor es amigo de humildes, así es también enemigo de perezosos.

### ARTÍCULO III

#### DE LA TERCERA COSA QUE AYUDA AL ESPÍRITU DE ORACIÓN, QUE ES LA GUARDA DEL CORAZÓN.

Supuestos ya estos dos principios y fundamentos, y descendiendo más en particular á tratar esta materia, decimos que la primera y más principal cosa que ayuda á la oración y devoción es la guarda y recogimiento del corazón; porque así como para tañer en una vihuela ó en otro instrumento es menester que esté primero templado y dispuesto para que se pueda bien tañer en él; así, pues, nuestro corazón, que es el principal instrumento de esta música celestial, es necesario que esté templado y aparejado, porque de otra manera no podrá haber música concertada en instrumento desconcertado. Por esto nos aconseja Salomón diciendo: «Con toda diligencia procura guardar tu corazón (1), que de él procede la vida; porque como el corazón sea el principio de nuestras obras, claro está que, cual estuviere él, tales también serán las obras que de él procedieren.»

Y no sólo por esta razón conviene velar sobre esta guarda, sino también por la delicadeza y flaqueza increíble de nuestro corazón, lo cual, no se puede explicar con pala-

(1) Prov., 4.

bras, cuán fácil es de derramar y distraer; porque sin duda una de las grandes miserias del hombre es ver con cuánta dificultad se recoge y con cuánta facilidad se derrama, y cuánto es menester que trabaje para alcanzar un poco de devoción, y cuán fácilmente la pierde después de alcanzada. Dicen que la leche, y aun algunos otros manjares, son tan delicados, que el aire basta para corromperlos; y de la vihuela, dicen que el frío y el sereno bastan para destemplanla; pues muy más delicado es sin duda el corazón del hombre, y menores causas bastan para destemplanlo. Finalmente, así como la vista de los ojos se impide con una pequeña mota, y sólo un poco de vaho basta para empañar y oscurecer un espejo, así muy pequeñas cosas y muy menudas bastan para anublar la claridad de nuestro corazón, y oscurecer los ojos del alma, y entibiar todo buen afecto y devoción. Y por esto, con grandísimo recaudo y diligencia conviene velar sobre la guarda de un tesoro tan precioso y que tan fácil es de perder.

Y si se pregunta de qué se haya de guardar el corazón, decimos: que de dos cosas principalmente; conviene saber, de vanos pensamientos y de afectos y pasiones desordenadas. De estas dos cosas conviene que esté libre y limpio el corazón, donde se ha de aposentar el Espíritu Santo; de manera, que así como los pintores suelen primero limpiar y aparejar las tablas en que han de pintar, así se ha de limpiar y aparejar primero la tabla de nuestro corazón, si se ha de pintar en él la imagen de Dios. Este es aquel cepillar las dos tablas (1) que mandó Dios á Moisés (2), para escribir en ellas con su dedo la Ley, para dar á entender cómo es necesario que el hombre apareje y limpie primero las dos tablas de su alma, que son, entendimiento y voluntad, la una de pensamientos y la otra de afectos y apetitos desordenados, para que así pueda aquel dedo divino, que es el Espíritu Santo, escribir en ellas la sabiduría del cielo.

(1) Exod., 24.—(2) Deut., 26.

Mire, pues, el siervo de Dios por sí en esta parte, porque esta es una de las principales diferencias que hay entre los buenos y malos: que los malos tienen el corazón como una plaza ó como una calle pública que de día y de noche no se cierra. Mas el corazón del bueno es aquel huerto cerrado y aquella fuente sellada de la cual nadie bebe sino sólo Dios. Finalmente, el corazón del bueno es aquella litera del verdadero Salomón (1), la cual guardan con grandísimo recaudo setenta caballeros armados de los más fuertes de Israel, los cuales tienen sus espadas en las manos y son muy diestros en pelear. Tal es el corazón del bueno, y con este recaudo se guarda; mas, por el contrario, el corazón del malo (2) es como un vaso sin guarda, el cual está aparejado para recibir dentro de sí cualquiera inmundicia, y por esto es reprobado (3) y tenido por sucio en los mandamientos de la Ley.

Y no sólo de los pensamientos, sino mucho más de los afectos y pasiones, conviene que esté libre nuestro corazón; porque no hay cosa que más parte sea para perturbarlo, que estas nuestras pasiones naturales, como son: amor, odio, alegría, tristeza, temor, esperanza, deseo, ira, con todas las demás. Estos son los vientos que desasosiegan este mar, y los nublados que oscurecen este cielo, y las pesas que inclinan á nuestro espíritu á lo bajo. Porque está claro que las pasiones desasosiegan el corazón con sus cuidados, derrámanlo con sus apetitos, cautivanlo con sus afecciones, y ciéganlo con sus perturbaciones y movimientos desordenados. Donde así como ni estos ojos de carne pueden ver las estrellas ni la hermosura del cielo cuando hay nublado, así tampoco los de nuestra alma pueden contemplar aquella luz eterna cuando están oscurecidos con los nublados y pasiones de esta vida. Y como decía uno de aquellos santos Padres del Yermo: «Así como en el agua clara se ve todo cuanto hay en ella, hasta las muy menudas arenicas que están en lo bajo, lo cual no

(1) Cant. 3. (2) S. Tho. 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, Quæst. 102, art. 5, ad 4.—(3) Núm. 19.—

se puede ver en agua turbia, así nuestra ánima conoce claramente todo lo que hay en sí, cuando está quieta y serena; mas si los movimientos de las pasiones la oscurecen y enturbian, ni pueden ver á sí ni á otra cosa;» por lo cual muy sabiamente nos aconseja San Agustín que miremos con todo cuidado no se nos peguen las alas del alma, que son sus afectos y deseos, en la liga pegajosa de las cosas terrenas, y así nos impidan el vuelo á las cosas divinas. Así se lee de este mismo Santo, «que aunque era obispo, no se quería entrometer en negocios de fábricas de iglesias ni de otras cosas tales, temiendo siempre se le embarrase el corazón por esta vía en los cuidados de las cosas visibles.»

Pues por esta causa encomendamos aquí tanto la mortificación y templanza de las pasiones; porque sin duda no hay cosa que tan poderosamente arrebatase nuestro corazón y lo lleve en pos de sí, como cualquiera de estas pasiones, mayormente del amor, que es como la raíz de todas, y así las lleva á todas, como raíz á las ramas, en pos de sí; porque donde hay amor demasiado de una cosa, luego hay aborrecimiento de la contraria y deseo de alcanzarla, y temor de perderla, y alegría cuando está presente, y tristeza cuando está ausente, y cuidado cuando se le teme algún peligro y enojo cuando alguno la maltrata, y así finalmente, va todo el coro de las otras pasiones encaminado por donde la lleva esta guía. Lo cual manifiestamente significó el Salvador cuando dijo: (1) «Á donde está tu tesoro ahí está tu corazón;» dando á entender que en las cosas donde tenemos puesto todo el tesoro de nuestro amor, ahí están todos nuestros cuidados y pensamientos, con todo lo demás que nace del corazón.

Pues para esto es menester que el siervo de Dios ande con continuo cuidado y traiga echadas unas riendas á su corazón, para que no se le vaya de boca ni se deje llevar de las pasiones que le sobrevinieren, si no fueren según

(1) Mat., 6

Dios y por Dios. No se entristezca sino de lo que le aparta de Dios; no se alegre sino de lo que lo llega á Dios; no tome otro más principal cuidado que de contentar á Dios; no viva con otro amor, ni temor, ni deseo, ni esperanza, si no de sólo Él ó por amor de Él. Esta es aquella cruz en que se gloriaba el Apóstol, cuando decía: (1) «Que todo el mundo estaba crucificado para él y él para todo el mundo; lo cual se hace, no por muerte de cuerpo, sino de espíritu, que es por muerte del amor de todas las cosas; porque cuando esto hay, el espíritu está como muerto á todas ellas y vive á sólo Dios, en quien sólo tiene puesto su amor.»

Por esto mandaba Dios en la Ley (2) al sumo sacerdote que no enterrase ni á su padre ni á su madre después de muerto, por que no se ensuciase con tocamiento de cuerpo. Y bien sabía el Señor que la vista ni tocamiento corporal no ensuciaba á los hombres, sino el afecto del corazón, el cual quiere Él que esté tan puro en sus amigos, que ni aun con tan grande ocasión, como es muerte de padres y madres, sea perturbado.

Mucho te parecerá quizá, hermano, esto que te pedimos. Vergüenza es por cierto entre nosotros (3), que estamos como árboles plantados par de las corrientes de las aguas de la gracia y de los sacramentos divinos, que nos pareciera mucho pedírsenos lo que sin nada de esto pedían los filósofos á sus discípulos, no teniendo más que sola lumbre de razón. Filósofos hubo que pretendieron hacer á los hombres heroicos, divinos y libres de sus pasiones y afectos, y ¡maravillarnos hemos ahora que se nos pida aquí un corazón pacífico y quieto para aposentar á Dios en él?

Y si en cabo no pudieres salir con esta empresa, á lo menos vladrá esta doctrina, para que sepas el blanco á donde has de encaminar tus propósitos y desos; para que si no llegares derechamente á él, á lo menos no vayas tan mal encaminado, como los que caminan sin saber á donde van. Servir á, igualmente, esto, para que no seamos ligeros y vele-

(2) Galat., 6.—(3) Lev., 21.—(4) Psalm., 1

dosos sin seguir nunca camino cierto, que es propio de inconstantes. Estos nunca jamás están de un temple ni tienen un ser, porque ya están tristes, ya alegres, ya pacíficos, ya airados, ya graves, ya livianos, ya devotos, ya disolutos, y finalmente, tantos colores y figuras mudan dentro, cuantos accidentes y ocasiones se les ofrecen de fuera. El camaleón es un animal sucio y reprobado en la ley, y no menos lo son todos aquellos que por él son figurados. Estos son los que se mueven á cada viento los cuales comunmente suelen ser hombres sin estabilidad, sin gravedad, sin peso, sin prudencia, sin valor, sin ánimo ni fortaleza para nada. Son livianos, fáciles, pusilánimes, inconstantes, mudables, y de quienes no se puede esperar cosa grande.

Pues el que de estas dos cosas guardare su corazón, conviene saber, de pensamientos vanos y pasiones desordenadas, luego alcanzará aquella paz y pureza de corazón que, según los filósofos, es el principal medio para alcanzar la verdadera sabiduría, y según los santos, es el fin de la vida espiritual, según que muy por extenso se declara en la primera Colación de Casiano. Finalmente, esta es la última disposición que se requiere para la contemplación de las cosas divinas, según aquellas palabras del salvador, que dicen: (1) «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.» Porque así como en el espejo puro y limpio resplandecen más claros los rayos del sol, así también en el ánimo purificada y limpia relucen más claros los rayos de la divina verdad.

No quiso Dios que David, (2) aunque varón justo y santo, le edificase el templo en que Él morase, porque había sido hombre de guerra, sino Salomón, su hijo, que había de ser hombre de paz; para dar á entender que el corazón pacífico y quieto es el lugar propio y conveniente donde mora Dios. Y por esta misma causa, cuando apareció á Elías (3) en el monte no le apareció en la tempestad, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en aquel silbo de aire

(1) Mat., 5.—(2) Reg., 7.—(3) 3, Reg., 19,

delgado y blando que es en el corazón pacífico y reposado, el cual es el templo vivo y morada de Dios.

#### ARTÍCULO IV

##### DE LA CUARTA COSA QUE AYUDA AL ESPÍRITU DE ORACIÓN, QUE ES LA CONTINUA MEMORIA DE DIOS

Para esta guarda del corazón susodicha, no hay cosa que tanto aproveche como andar siempre en la presencia de Dios y tenerle siempre delante los ojos, no sólo en el tiempo de la oración, sino en todo lugar y tiempo; porque á veces somos como los niños de la escuela, que mientras están delante de su maestro están muy recogidos y compuestos, y en saliendo de allí, disparan por doquiera que los lleva el ímpetu y liviandad de sus afectos. Pues no debe el siervo de Dios imitar á éstos, sino antes trabajar cuanto le sea posible por conservar aquel calor que sacó de la oración y continuar aquel santo pensamiento que allí tuvo; porque esta continuación es la cosa que más en breve hace subir á la cumbre de la perfección; mas de la otra manera, toda la vida se pasa en tejer y destejer sin llegar ninguna cosa al cabo.

Esta es aquella bienaventurada unión de nuestro espíritu con Dios, la cual procuraron y estimaron tanto los santos, que la tenían por último fin de todos sus ejercicios. Esta es la que David muestra que tenía, cuando tantas veces repite en sus salmos, que traía siempre al Señor (1) delante de sus ojos, y que pensaba siempre en su santa ley y que traía siempre en la boca sus alabanzas. De manera que, aunque rey y ocupado en muchos negocios, así de paz como de guerra, con todo eso en medio de tantos cuidados, estaba quieto; y entre tanta muchedumbre de negocios y criados, estaba solo con Dios.

Pues esta misma presencia y memoria de nuestro Señor debes tú de procurar siempre, (2) para lo cual te aprove-

(1) Psal. 15 etc. 33, etc. 118.—(2) S. Thom. 1. P. q. 1. art. 1 etc. 4, etc. D. Aug. lib. 5. Confes. cap. 1.